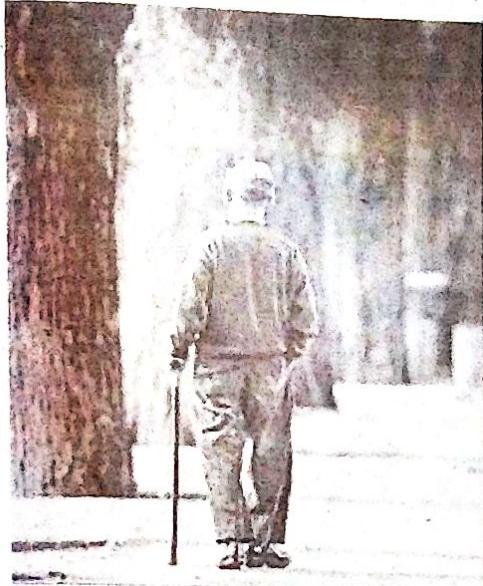


De: El Zodiaco:
(Director Gus Littlebridge)

La travesura de Camachito



Camachito se cree que está ya en el reino de los cielos. "Camachito" era un humilde portero: el apelativo viene de la simpatía que todos tenían al modesto funcionario de la Municipalidad de un pequeño importante, elevado al rango de ciudad por la gracia de los políticos. Camachito era el más diligente: ¡Llevó este mensaje al telégrafo!, ¡Ve a comprar cigarrillos y refrescos!, ¡Llamá al cajero, al secretario!, ¡Ve allá...! ¡Vuelve pronto!

Cada mañana era su obligación mantener la acera limpia y el vestíbulo de entrada al edificio. Muy temprano cumplía esta labor provisto de una escoba y el dispositivo para recoger la basura. En las proximidades vivía Florinda, una muchachita que hacia el trayecto a la escuela por la misma acera que limpiaba Camachito. Ésta frecuentemente hacía la broma de dispersar la basura con el pie o quitarle la escoba al pasar y arrojárla una cuadra más abajo, para correr luego lanzando burlonamente una carcajada.

Camachito vivía solo y su edad frisaba por los ochenta años.

A poco, Florinda experimentó cambios que rápidamente la llevaron a tener un gran parecido físico con su madre, una chola con proporciones generosas, que la naturaleza le había provisto por detrás y por delante, con las cuales avasallaba a su marido, un modesto obrero que no decía "esta boca es mía".

Dispónia de un rincón para guardar los utensilios de sus faenas diarias, con los cuales tanto gustaba jugar Florinda. Un día de esos Florinda se agitó como una amapola y Camachito como una espiga por efecto del viento. Esta vez Florinda no jugaba precisamente con el mango de la escoba y de la espiga se desprendieron los granos sobre una flor. Pasado el vendaval Florinda corría a su casa y sus padres se enteraron de que esta vez también Camachito había cometido travesura junto a su hija, y se desencadenó la tempestad.

Camachito fue llevado a la presencia del juez del pueblo, que era conocido por muy probo. La madre Florinda planteaba la demanda y hacia escuchar su voz de soprano agitando las manos y mostrando el puño cerrado tan amenazante que, hasta el juez temió que en algún momento iba a ser avasallado y perder autoridad frente a tan robusta humanidad. Florinda, con la cabeza agachada, nerviosamente, enroscaba y desenroscaba sus trenzas y miraba de soslayo a su padre que se encontraba parado a su lado tan callado y nervioso como ella. Hasta que el juez preguntó al acusado qué alegaba en su defensa.

Camachito respondió que en ningún momento había ejercido presión alguna sobre la muchacha y que por el contrario todo se había producido de una manera espontánea y, tal como lo manda la madre naturaleza, y eredida solamente. Estoy dispuesto, señor juez a emendar la falta cometida y salver al honor de esta digna familia. Yo soy soñero y decidido a casarme hoy mismo.

El juez, que se fricabat el mentón con el pulgar y los dedos extendidos de la mano derecha y con la izquierda frotaba, tuvo que taparse la boca con ambas manos para disimular y no lanzar una carcajada.

—¿Qué? —vociferó a chole— ¿Casarse mi hija con este achachito? (rostro). Y salió del juzgado dando un tirón y arrastrando de los "pichicas" (trenzas del cabello) a Florinda seguida de su marido.

El juez sonrió con toda libertad y dijo: —Habiendo sido suspendida la demanda, Camachito, queda usted en libertad. Ah... y no lo vuelva a hacer otra vez. ¡ENTENDIDO!

Oruro, domingo 12 de noviembre de 2006

LA PATRIA

Un ataúd en la lluvia

Un indio a paso lento, cansado, llegó a la parada de omnibus en la plaza de Quillacollo. Llevaba cargando en las espaldas un ataúd de color caoba, sostenido por un lazo fabricado por tiras entrelazadas de cuero de becerro, cuyos extremos sostienen con ambas manos delante del cuello. En el rostro bronceado por el sol y la brisa, por la piel de la cara surcada de arrugas, el sudor se deslizaba lentamente por el esfuerzo, la fatiga y el calor. En el lado geniano izquierdo de la mejilla, se proyectaba el relieve del contenido de un bolo de hojas de coca, que de momento a momento trituraba con los dientes sucios y verdes que dejaba entrever, al lanzar una y otra maldición en su idioma nativo: "Supay apachu" (que el diablo se los lleve!) —decía bufando con respiración entrecortada.

Depositó su carga en el suelo polvoriento, recogió su lazo y después de dar una vueltas con él, a manera de cinturón en el pantalón, apoyó al pose vecino su ancha espalda cubierta sólo por una camisa blanca desgarrada, coloreada de sucio por el sebo, la tierra y los años de no haber abandonado el cuerpo.

Un ómnibus que había perdido su color original, mostraba partes cubiertas por el sarro. Los faroles estaban rotos y los parachoques y guardafangos a punto de desprenderse.

Tendría una capacidad de transporte de no más de 20 pasajeros, y se encontraba estacionado.

Una mujer con la cabeza cubierta con un manto negro sostenía un diálogo insinuante con el chofer mientras el ayudante, un mozo de unos 20 años, veía a voz en cuello desde la ventana opuesta con intención manifiesta de acelerar el embarque de pasajeros: "¡A Parotani! ¡A Parotani!"

Hacía un calor sofocante... y el indio sudoroso que había cargado el ataúd, parado en las proximidades, escéptico esperaba el momento de librarse del peso que lo abrumaba, cruzó una plena y apoyó los dedos descalzos a manera de un trípode y empezó a introducir en la boca más coca, después de quitarle el rabillo a cada hoja. En ese momento salió el chofer y en tono disgustado, ordenó: —Suban el ataúd al techo...

El indio sin dificultad, con ayuda de la mujer, por la escalera de la parte posterior, subió a la barandilla metálica que tenía el techo del vehículo, y depositó el pesado cajón. Terminada esta labor, el indio se aproximó a la mujer y mostró la palma callosa de su mano para cobrar por el trabajo que había hecho... y ésta le extendió unos dos billetes que el indio contempló por unos instantes con desprecio, para luego exclarar: —¿Chayllata? (¿Eso nomás?). Volvió la cabeza y lanzó un escupitajo que cayó sobre la acera como excremento de loro. Dio una media vuelta y se alejó gesticulando y pronunciando palabras difíciles de traducir.

Eran cerca de las seis de la tarde de un verano de verdes plantas y en los árboles empezaban a parecer los frutos. El tiempo amenazaba lluvia y el vehículo partió echando humo por el escape y sonando como una matraca. Tuvo que detenerse en su trayecto varias veces para recoger nuevos pasajeros. Viajaban con cargas, bultos y canastas llenas de verduras del valle; hasta que llegó un momento en que el interior estaba repleto de hombres, mujeres y niños y el ayudante fue desplazado para ir a ubicarse al techo con toda la carga.

A medida que el vehículo recorría el camino empezaron a caer gotas de agua, que cada instante aumentaban en número, hasta que se desencadenó una tormenta, que parecía que se hubiera roto una represa en el cielo. El ayudante, con premura se metió dentro del ataúd para protegerse del diluvio que le venía encima, y se cubrió con la tapa.

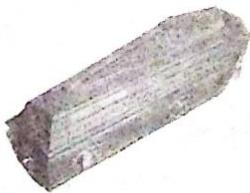
El vehículo se detuvo otra vez, en algunas estaciones más, pero como ya no había campo, cinco pasajeros subieron a su vez al techo del mismo y se acomodaron entre los bultos.

La lluvia empezó a declinar y los que estaban arriba, notaron que tenían, con total probabilidad, por acompañante, un difunto con destino al mismo pueblo que ellos se dirigían. Mientras en amena charla, hacían comentarios y se preguntaban quién sería el extinto pasajero, se levantó la tapa del ataúd y un rostro somnoliento de su interior preguntó: —Hn dejado ya de llover?

Cogidos por la sorpresa, los espectadores de este macabro espectáculo, se tiraron del techo a ambos lados del camino.

Cuando el transporte llegó a su destino en la plaza de Parotani, el chofer exclamó: —Que bajen la carga —y preguntó al ayudante —Y los pasajeros que vienen contigo, ¿han pagado su pasaje?

—No maestro. Se bajaron cerca del puente. GRITANDO!!



Los dólares de Constancio

Don Constancio pasó el tiempo sin que pudiera cumplir los sueños de su juventud: casarse con una dama que siempre había rehuído a sus insinuaciones. No con el dinero se consigue siempre todo; pero había llegado a adquirir una próspera situación. Llegó a tener un ahorro de dinero que alcanzó a una suma bastante respetable, si se considera el medio en el que se desenvolvía: un pueblo del altiplano en las proximidades del lago Titicaca.

Don Constancio, empezó meticulosamente a ejecutar un plan para acumular su capital en dólares. En su contabilidad sólo quería que su capital aumentara, pero nunca disminuyera. Desde niño sus padres decían "que tenía vocación y alma de banquero".

Acumulaba dólar sobre dólar. Esto en él se le había hecho una costumbre y un hábito y, los hábitos con el tiempo son como la manera de andar, no se cambian. Nadie sabe a ciencia cierta en qué iba a invertir su fortuna y muchos expertos en el arte de tirar incertos, con Don Constancio habían fracasado. No consiguieron esquivarle un penique.

Tenía por única compañera de sus confidencias a Sinforsa, que había escuchado de él muchas proposiciones de matrimonio, sin que jamás se cumplieran, pero nunca se marchitaba su esperanza.

Ella era una vecina que ocasionalmente visitaba a Don Constancio para aliviar sus penas y alegrías; alegrías que más sumaban sus penas cuando le costaban algunos pesos.

Las enfermedades siempre llegan como las estaciones del año. Un día de esos don Constancio se enfermó, se encontraba delicado, y como suele ocurrir con los que guardan mucho para el mañana, le entró pánico al pensar dónde podrían ir a parar tantos billetes que guardaba, del color de su esperanza. Y como siempre acudió a los cuidados y a la aplicación de los mates y cataplasmas de Sinforsa...

Paso un día, dos días y don Constancio no mejoraba a pesar de los cuidados y múltiples tentativas que había hecho su amiga, que era tan constante como Constancio, en la idea de que, algún día podría ayudar en la administración de los billetes.

Al ver que todo el arsenal de yerbas en forma de infusiones no daban resultado, decidió aconsejarse, con otro consejo más de los que siempre tenían poco resultado si tenían algún precio. En tono dulce y suave se atrevió decirle: —Por qué no visitas a un médico? Tú tienes suficiente dinero como para pagar la consulta al mejor especialista y comprar los remedios. Constancio prometió hacerlo.

Al día siguiente, cuando Sinforsa lo visitó nuevamente, resulta que don Constancio no había cumplido su promesa. Los consejos se trocaron en réplica y de una manera sarcástica, exponiendo sus secretos planes, le dijo: —Qué vas a hacer con tantos dólares que tienes guardados? ¿hasta cuándo te los vas a guardar? Mejor, ¿por qué no te los comes?

Pasaron varios días y Sinforsa volvió para visitar a don Constancio, pero para su sorpresa encontró que la puerta estaba cerrada y se extrañó de no encontrarlo a la hora que acostumbraba hacerlo. Decidió volver al día siguiente. Y nada. Volvió al otro, y aún la puerta continuaba cerrada. Esto la inquietó un poco, y decidió preguntar a los vecinos si no habían visto a don Constancio en una de sus habituales caminatas. Los vecinos contestaron que no. Hacía días que don Constancio no había cumplido sus puestas y que las razones no las conocían.

Empieza a preocuparse, y se pregunta: "Como estaba enfermo, a lo mejor... le ha pasado algo. Mejor será avisar a la policía" La policía acudió, y con las diligencias que son del caso, abrieron la puerta y encontraron a don Constancio tendido al lado de la silla. A su alrededor varias botellas vacías. Estaba muerto y en la boca todavía aparecían algunos billetes verdes que eran parte de los dólares que se había tragado.

Del relato de Sinforsa, se supo que él se había emborrachado y hecho eco de su sugerencia, comiéndose todo su ahorro.



Gustavo Zublate Castillo. Cruz. Director del Instituto de Patología de la Altura (Clínica FPA). Miembro de la Academia Boliviana de la Ciencia.

